

Guerrero 2011: mitos, continuidades y rupturas

Secundino González Marrero*

Las elecciones celebradas en Guerrero en enero de 2011 han servido, a nuestro juicio, para poner en cuestión varios de los mitos recurrentes sobre los procesos electorales en la entidad. Se insertan asimismo en una práctica extendida de presentación, por parte de un partido o coalición, de un candidato que hasta poco antes pertenecía a otro y que acaba ganando la elección. Ello confirmaría, de igual manera, el alto grado de “personalización” de la política mexicana, donde ni la identidad partidista ni la escala izquierda – derecha parecen servir de mucho como instrumentos de prospectiva electoral.

La caída de los mitos

El primer aspecto destacable del proceso electoral para la elección de gobernador en el estado de Guerrero es que dicho proceso vino a negar algunos de los mitos más recurrentes en los análisis que se llevan a cabo sobre los procesos electorales en general y sobre Guerrero en particular. El primer mito –que sorprendentemente reiteraron sin razón buena parte de los comentaristas de la prensa nacional– es el de el Guerrero *bronco*. La compulsiva historia del estado genera la tendencia a considerar que en su seno es imposible la convivencia

democrática. Bien es cierto que hay violencia en la entidad, pero no es menos cierto que con la lamentable excepción del ataque sufrido por Sánchez Nava y algún otro incidente más, el proceso electoral y la competencia interpartidista se mantuvieron dentro de límites razonablemente civilizados.

El segundo mito –muy arraigado– es del impacto en el resultado electoral que se atribuye a las viejas prácticas del PRI y que han sido imitadas con mayor o menor fortuna por otros partidos. Dichas prácticas son, como se sabe, el uso sistemático de los *mapaches*, el acarreo de los votantes y la compra del voto. Para derribar este mito hay cuando menos dos argumentos.

En primer lugar, si todos los partidos contendientes llevan a cabo las mismas prácticas con mayor o menor

intensidad (entre otras cosas porque, en el caso de los que proceden del PRI, saben desde dentro cómo opera este partido) el efecto es que se anulan recíprocamente. Ocurre lo mismo con la publicación de encuestas, más bien habría que decir pseudo encuestas, que atribuyen porcentajes de intención de voto completamente ajenos a la realidad, con resultados inflados a favor de quien ha pagado dicha encuesta, o mejor, dado que es probable que tal sondeo nunca se haya realizado, a quien paga la publicación de sus supuestos resultados en los medios de comunicación. Mentir para señalar que un candidato va muy por delante de otro, la intención de voto tiene como fundamento provocar el efecto del *bandwagon*¹, según el

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociología y Profesor Investigador de la Universidad Complutense de Madrid; Profesor Invitado en el Instituto Internacional de Estudios Avanzados de la Universidad Autónoma de Guerrero.

¹ Sobre esto, véase Ian McAllister y Donley T. Studlar (1991: 720-740).

cual un votante indeciso podría optar finalmente por subirse al carro del candidato que presuntamente tendría garantizada la victoria. Pero dado que cualquier candidato puede publicar sus propios sondeos, reales o imaginarios, el efecto final es nulo.

Es posible afirmar, por otro lado, que los guerrerenses, como el resto de los mexicanos, han llevado a cabo un proceso de aprendizaje mediante el cual aun cuando admiten regalos o dinero para que voten en determinado sentido, finalmente acaban votando por su primera preferencia. En el caso de las recientes elecciones en Guerrero se puede señalar con bastante contundencia que la jornada electoral y toda su parafernalia de acarreo y compra de votos, sumada a la entrega de bienes tangibles o servicios —despensas, medicinas, cortes de pelo, que también hubo, etc.— en la fase de campaña, no incidió para nada en el resultado final.

Si tomamos como referencia la encuesta a la que le atribuimos el mayor rigor, la llevada a cabo por el diario *El Universal*, Aguirre superaba a Añorve en siete puntos porcentuales, mientras que el candidato del PAN, tras su notable desempeño en el debate, había subido del 4% al 7% en intención de voto. Como se sabe, el candidato del PAN declinó y finalmente pidió el voto para Ángel Aguirre. Pues bien, el resultado final da una diferencia a favor de Aguirre en torno al 14%, que es justamente la suma de los siete puntos que le daba por delante la encuesta, más los siete puntos que hubiera recibido el candidato del PAN. O, visto de otro modo, si sumamos a los votos de Aguirre los que finalmente, con todo y declinación, acabó recibiendo el PAN, la diferencia es, exactamente, 14.2%. Enhorabuena, pues, a los encuestadores de *El Universal*.

Un tercer mito es el de que quien más recursos de campaña utiliza, tiene mayores posibilidades de victoria. En la pasada elección el candidato derrotado dispuso de mayor visibilidad en propaganda que quien finalmente ganó. No se quiere negar aquí que los recursos disponibles para la campaña electoral no sean importantes —aún cuando hay decenas de ejemplos de elecciones perdidas por quien tuvo más recursos— pero conviene relativizar su importancia al menos por dos motivos. En primer lugar, porque hay una especie de “umbral de saturación”, a partir del cual el incremento en el gasto de campaña ofrece rendimientos muy marginales. Y, en segundo lugar y lo que creo es más importante, si el candidato que menos recursos tiene, dispone al menos de los suficientes para que su discurso y su estilo de liderazgo llegue a todos los electores, entonces

la competitividad de las elecciones está garantizada. Este y no otro fue el criterio que guió a los reformistas de 1996 a disponer en el COFIPE de una financiación pública de los partidos y las campañas que se encuentra entre las más generosas del mundo. Se trataba de garantizar que las elecciones dejaran de ser “libres pero no equitativas” como caracterizó Ernesto Zedillo a aquellas que le dieron la Presidencia en 1994.

Otro mito: el impacto de la compra de la credencial de elector. Un rumor —y temor— recurrente entre los dirigentes del PRD era que el PRI disponía de recursos financieros y analíticos para comprar y retener la credencial de elector de al menos 100,000 potenciales votantes perredistas que, de este modo, no acudirían a sufragar. Desmontar este mito es algo más complejo, ya que argumentativamente es viable: conociendo cómo ha sufragado una determinada sección electoral en la que el PRD hubiera dispuesto en elecciones previas de una amplia mayoría, inhibir, por la vía del “arrendamiento” de la credencial, el voto de los ciudadanos inscritos en dicha sección supondría una ventaja para el PRI. Pero para que ello ocurriera, los votantes perredistas deberían estar dispuestos a la transacción, lo que por de pronto es un juicio de valor de difícil demostración empírica. Y, por cierto, es posible argumentar que una buena parte de los votos para Aguirre provino de electores que en elecciones anteriores habían votado al PRI, y que cambiaron su voto por las características del candidato del PRD. ¿Sabrían los operadores del PRI cuáles de sus antiguos votantes dejarían ahora de hacerlo?

La afirmación anterior requiere de algunas cautelas —ante la falta de información disponible en forma de encuestas poselectorales— dado que el PRD prácticamente mantuvo, en porcentajes, lo obtenido en la elección anterior a gobernador. Pero hay dos indicadores que pueden valer: entre una elección para gobernador y otra, el PRD se había desangrado electoralmente en las elecciones federales de 2009. En 2006, el PRD había ganado en los 9 distritos para la elección de diputados por el principio de mayoría relativa, obteniendo 156,483 votos más que el PRI. Tres años más tarde, solo pudo conservar el distrito 3, y había perdido 171,156 votos (sumando a los resultados del PRD en 2009 los obtenidos por el PT y Convergencia, con los que se había presentado en coalición tres años antes). Es verdad que se trata de elecciones distintas y que, de nuevo, las elecciones a gobernador tienen un carácter más personalizado que las elecciones a la Cámara de Diputados, pero parece fuera de toda duda que el PRD había entrado en declive tras un

vértice en 2006. Comparando asimismo las elecciones para presidentes municipales, éstas sí, al menos teóricamente, más personalizadas, en 2008, el PRD perdió 15 de las 40 alcaldías que había obtenido en 2005².

Además, las encuestas de intención de voto para el PRD antes de la candidatura de Aguirre daban unos resultados muy inferiores a los sondeos preelectorales cuando ya Aguirre era el candidato. Quizás se podría plantear como hipótesis que los electores que votaron por el PRD sin estar identificados con el partido, y que dejaron de votarlo en 2009 para hacerlo por el PRI, volvieron a cambiar su voto por las características del candidato. Y, sin duda, los votantes no identificados con ningún partido, a la hora de tomar su decisión, lo habitual es que evalúen a los candidatos por su desempeño en otros puestos o épocas. Y parece claro, a tenor de los resultados en Acapulco, que la gestión de Añorve no fue especialmente vista como positiva.

En cualquier caso, la hipótesis de la retención de la credencial de elector exige un mayor análisis y el recurso a datos de los que ahora carecemos: los resultados electorales definitivos, sección por sección –para compararlos con elecciones previas– así como encuestas poselectorales que no disponemos. En datos brutos, en cualquier caso, la participación electoral se ha mantenido en las habituales tasas de Guerrero para la elección a gobernador, en torno al 50%.

Elecciones de continuidad y elecciones de cambio

Son de continuidad porque el electorado revalidó al partido cuyo candidato había ganado la elección anterior; si bien dadas las peculiares relaciones entre Zeferino Torreblanca y el PRD, y el hecho de que el candidato de éste fuera del PRI hasta poco antes, hace que dicha continuidad tenga algo de formalismo de siglas, más que sustantiva, aunque es pronto para evaluarla.

De hecho, lo que parece ocurrir es que el gobernador electo ha prometido que un 60% de los cargos en la nueva administración corresponderían a militantes del PRD, lo que marcaría un cambio en relación con el gabinete de Zeferino Torreblanca, en el cual el peso perredista era muy escaso

(miembros del PRI e independientes constituían el núcleo mayoritario).

En cualquier caso, la experiencia pasada de Zeferino Torreblanca y su independencia respecto del PRD tiene que ver con la especial vinculación que hay en los regímenes presidencialistas –y una elección a gobernador en México se rige por la misma lógica– entre los partidos y las élites políticas. Históricamente, el análisis del comportamiento y la relación entre partidos y cargos electos, estuvo muy sesgado por el hecho de que los principales estudios se hicieron en el marco de democracias parlamentarias, y las categorías así elaboradas fueron trasladadas a las democracias presidencialistas, donde, dado el marco teórico de referencia, los partidos políticos y los cargos electos parecían comportarse de manera anómala. El punto central es que, en los regímenes presidencialistas y en los ahora crecientes híbridos (semipresidenciales, semiparlamentarios), los presidentes no dependen, una vez electos, del partido que los postula, y pueden tener –y tienen– intereses políticos divergentes y, allí donde hay reelección, también diferentes votantes a los que atender (Samuels, David J. y Matthew Shugart, 2010).

En la argumentación de Samuels y Shugart, los partidos operan de manera diferente en función del tipo de democracia. En las tres variantes principales –parlamentarios, presidencialistas e híbridos– puede haber candidatos “personalizados”, esto es, que dispongan de una cuota de apoyo mayor que la de sus partidos. Ha sido así, evidentemente, en las últimas elecciones a gobernador en Guerrero y es bastante probable que si la elección al Congreso local se hubiera hecho en la misma fecha, habría diferencias entre los votos del PRD para el Legislativo estatal con los obtenidos para gobernador. Como se ha dicho, las expectativas del PRD antes de la postulación de Aguirre eran casi 20% más bajas y aunque el efecto del candidato hubiera podido afectar en positivo a las candidaturas a diputado local, lo más probable es que el voto para el PRD al Congreso hubiera estado por debajo del porcentaje obtenido para la gubernatura, aunque sólo fuera porque el PAN –y quizás Convergencia– hubieran presentado candidatos propios³.

² Dos menos si sumamos las obtenidas por Convergencia, que se había presentado en coalición con el PRD en 2005, algo que no ocurrió en 2008.

³ El voto dividido no sólo se da porque la valoración del candidato sea mejor que la del partido –y ahí están las diferencias abismales entre Lula y el PT en Brasil– sino también ocurre por el voto útil. Las elecciones de 2000, con más de dos millones de votantes perredistas al Legislativo votando por Vicente Fox para la Presidencia de la República, o la propia decisión del PAN en Guerrero son buena muestra de ello.

Sin embargo, allí donde los cargos ejecutivos son elegidos de manera separada de los legislativos, los partidos se “presidencializan”, más que se personalizan. Samuels y Shugart nos aportan una definición de “presidencialización de los partidos”, de manera que ello sería “la manera en la cual la división de poderes moldea las características organizativas y de comportamiento de los partidos en los sistemas presidencialistas”, y los diferencia de los partidos en los sistemas parlamentarios⁴. Entre otras cosas porque en los regímenes parlamentarios, la supervivencia del Poder Ejecutivo, por muy popular que sea su titular, depende del apoyo del Legislativo, esto es, de su partido o coalición mayoritarios.

La supervivencia “separada” de ambos poderes en los regímenes presidencialistas tiene varias consecuencias. La más estudiada es la de la posibilidad de un conflicto de poderes, cuando el partido del presidente está en minoría (o que teniendo la mayoría absoluta no sea un partido disciplinado). Esta ha sido la dura experiencia de los procesos de democratización en América Latina: ejecutivos bloqueados por legislativos hostiles, o, en el peor de los casos, intentos anticonstitucionales de los presidentes de imponerse al Congreso (Serrano Elías en Guatemala y Alberto Fujimori en el Perú).

Pero, como acertadamente muestran Samuels y Shugart, la elección separada y la independencia constitucional del Poder Ejecutivo en relación con el Legislativo⁵ tienen un impacto decisivo en la vida *intrapartidista*. Así como en un sistema parlamentario la pérdida del liderazgo en el partido implica frecuentemente la pérdida del poder ejecutivo (Adolfo Suárez en España y Margaret Thatcher en el Reino Unido), tal cosa no ocurre en los sistemas presidencialistas⁶.

El análisis anterior puede aplicarse sin ningún problema al comportamiento del Poder Ejecutivo y de los

partidos en el ámbito de los estados en México, dado que replican en este ámbito el presidencialismo federal. Por tanto, pudiera argumentarse que la especial relación entre Zeferino Torreblanca y el PRD guerrerense (por cierto, ¿cuál PRD, dada su fragmentación interna?) no depende tanto de los rasgos particulares de los líderes —que también influyen— sino de una lógica que es resultado del formato institucional presidencialista, con intereses políticos y electorales que pueden divergir, entre el gobernador y el partido por el que se presentó como candidato. Por cierto, quizás en México estas posibles disonancias son menores —y de ahí la relevancia de los rasgos particulares— al estar, por ahora, prohibida la reelección, de modo que la carrera política de cada cual está en manos del partido, como previeron quienes plantearon la imposibilidad de ser reelecto. Esto es: un gobernante —o un diputado— debe comportarse de manera más o menos disciplinada, si quiere que, cuando concluya su período, el partido lo vuelva a postular para otro cargo. Aunque siempre puede cambiarse de partido...

Habrá que estar atento a la relación entre el gobernador Aguirre y el PRD, para analizar si se modifica o si continúa esta potencial discrepancia interna entre el partido en el Ejecutivo y el partido en el Congreso.

Finalmente, otro elemento de continuidad es el carácter bipartidista del sistema político guerrerense. Las gráficas siguientes muestran los resultados a gobernador en Guerrero. Se elige como punto de corte las elecciones de 1993, cuando irrumpe el PRD en este tipo de comicios, dado que previamente, el pluralismo político en Guerrero era más bien artificial, con la presencia de partidos aliados al PRI, la marginalidad del PCM / PSUM / PMS y la práctica ausencia del PAN.

Lo primero a destacar es que a partir de 1999 el sistema político guerrerense es de formato claramente bipartidista. Por una parte —y al menos en las elecciones a gobernador— los terceros partidos han ido desapareciendo, por la vía de sus resultados o por la vía de sus alianzas con partidos más grandes, con la excepción del PAN, cuya fortuna electoral, en contraste con lo ocurrido en el plano nacional, es más bien escasa. Por otro lado, y en consecuencia, los dos grandes partidos / alianzas, concentran entre ellos el voto de, sucesivamente, 90.9; 97.5; 97.27 y 96.49. En el período analizado, el promedio es de 95.54%. No hace falta recurrir a ninguna de las fórmulas al uso para señalar que, en la competencia para la gubernatura, el número efectivo de partidos en Guerrero es de dos.

⁴ Samuels y Shugart (2010: 6). Traducción propia.

⁵ Al margen del juicio político, que es un mecanismo excepcional asociado a la comisión de un delito por parte del titular del Ejecutivo, y no el resultado —o no debería serlo— de discrepancias por las decisiones políticas

⁶ Justamente, en el marco de la posibilidad de un juicio político, el Partido Republicano retiró su apoyo a Richard Nixon y éste se vio obligado a renunciar. Su partido temía que, de continuar evitando que se le aplicara el *impeachment*, las consecuencias electorales para los republicanos serían dramáticas. Y, por cierto, ello ocurrió, pese a todo. En las elecciones posteriores perdieron 49 curules en la Cámara de Representantes y tardarían más de diez años en obtener de nuevo la mayoría. Samuels y Shugart (2010: 110–111).

Tabla 1
Elecciones para gobernador, 1993

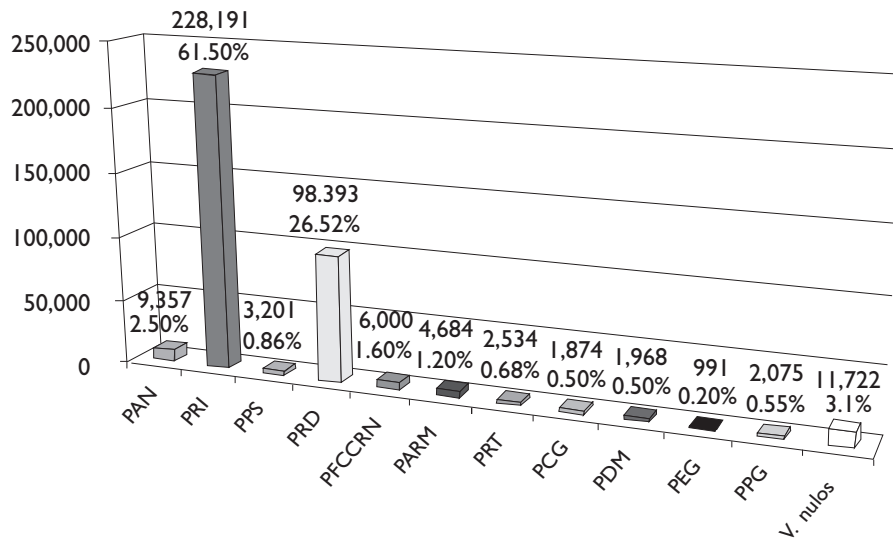


Tabla 2
Elecciones para gobernador, 1999

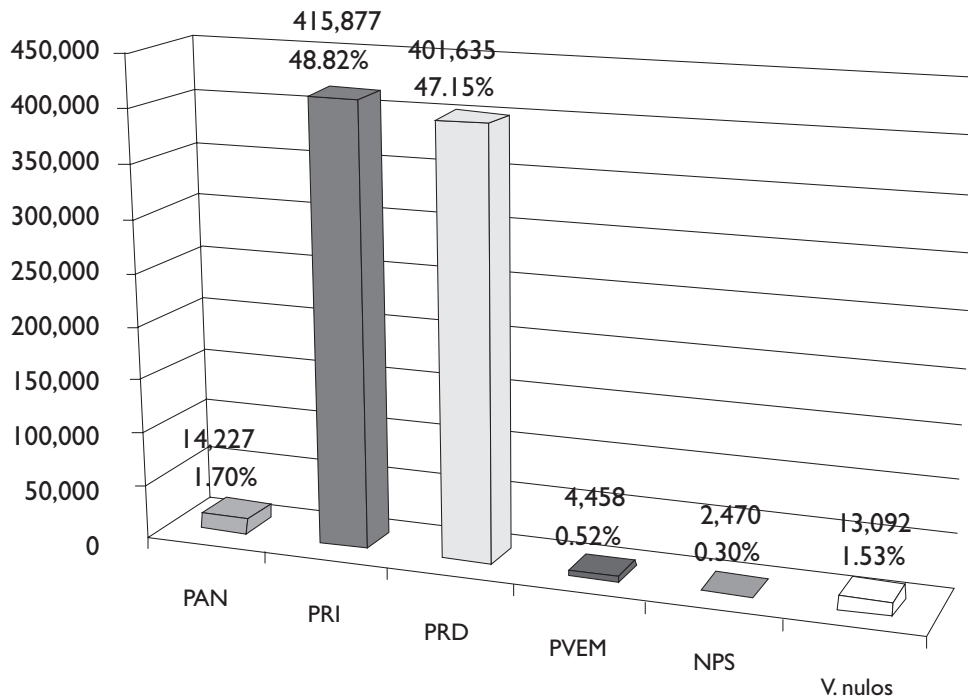


Tabla 3
Elecciones para gobernador, 2005

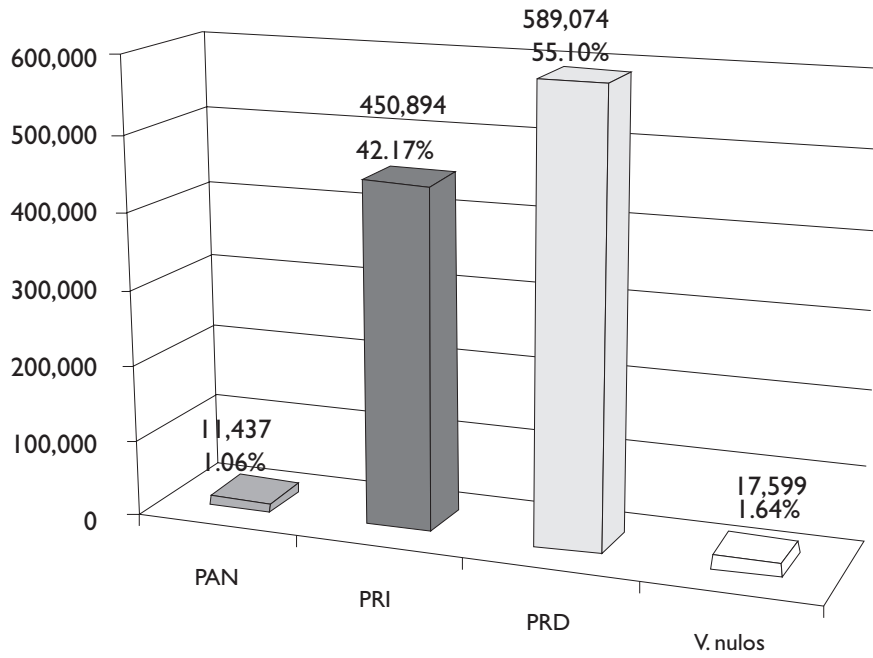


Tabla 4
Elecciones para gobernador, 2011

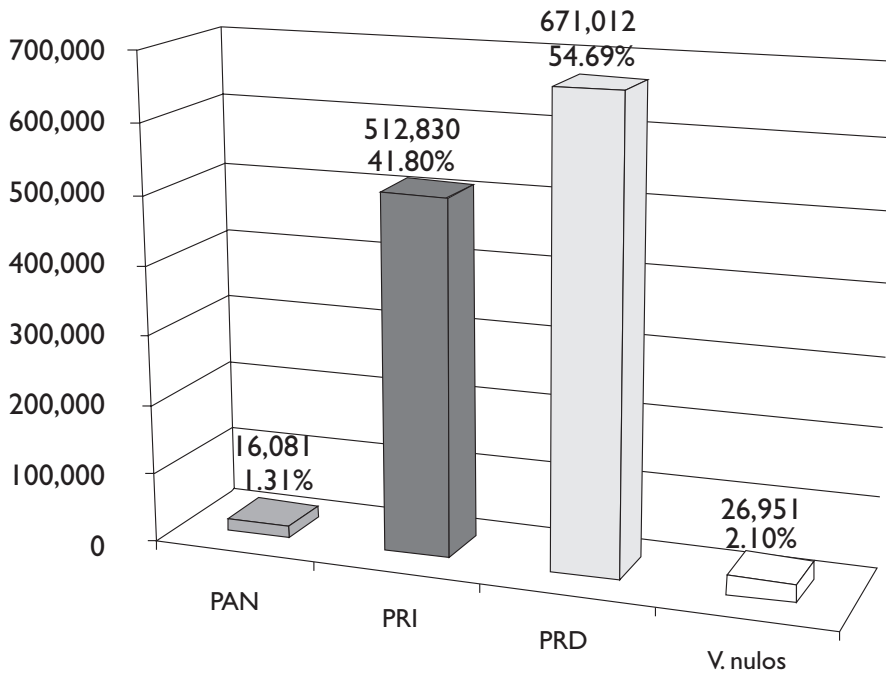
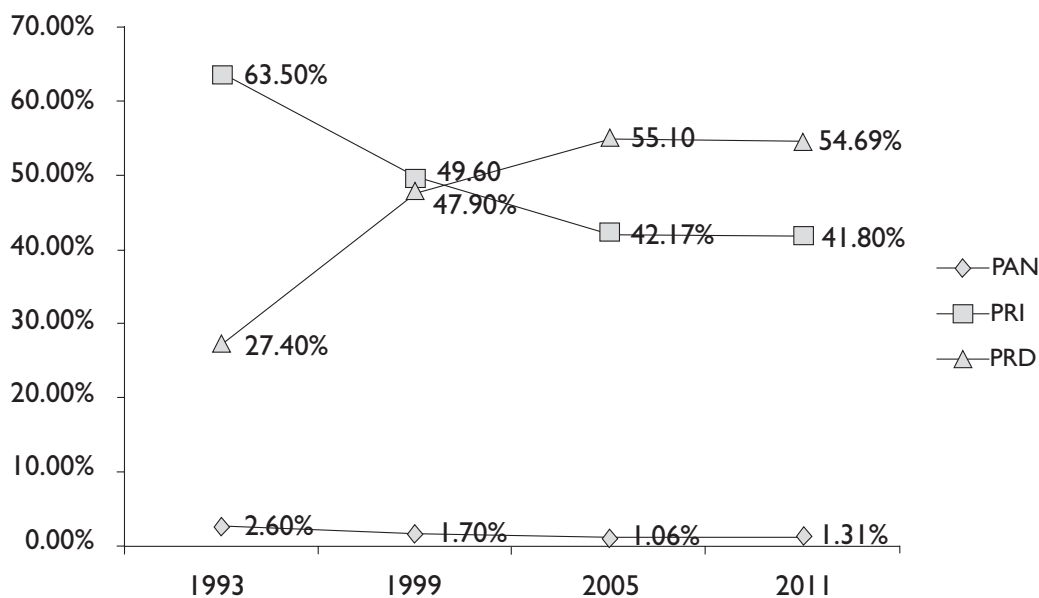


Tabla 5
Evolución del voto PRI, PRD y PAN en las elecciones para gobernador, 1993-2011



Son elecciones de cambio porque, además del posible incremento de perredistas en el gobierno señalado antes, las elecciones y sus antecedentes reconfiguran los equilibrios internos en el PRI, tras la salida de Aguirre y sus seguidores (varios diputados locales, alguno federal, y varios presidentes municipales). O, dicho de otro modo, la derrota del PRI en la gubernatura es, a su vez, la consolidación, ahora sin rivales visibles, del grupo tradicionalmente hegemónico en el PRI (la familia Figueroa y sus aliados)⁷.

Algunas incógnitas

Las elecciones en Guerrero han sido también de continuidad de un fenómeno político que se está volviendo habitual en México, pero que no tiene equivalente tan extendido en otras democracias. Y es el de un proceso de selección de las candidaturas por el cual un partido postula para el cargo a quien, en el caso más llamativo, hasta el día anterior a su nominación, pertenecía a un partido rival. El formato más repetido, aunque no único, es el de ex priístas que, insatisfechos por no haber sido los elegidos por su partido,

deciden pasarse al PRD. La racionalidad —o el sentido de la oportunidad— de quien opta por el cambio no es discutida, pero sorprende a primera vista que el PRD recoja a cuanto disidente priísta se le acerque, y lo postule para cargos relevantes en detrimento de sus militantes más antiguos. Dejando al margen los antecedentes (pues no en vano el PRD es una creación de disidentes del PRI junto con la izquierda histórica mexicana) la disposición del PRD a aceptar a los hasta hace poco rivales políticos puede explicarse del siguiente modo, aunque la hipótesis requeriría un trabajo más sistemático.

En México, los cargos públicos disponen de un caudal de recursos que tiene pocos equivalentes en otras democracias, por lo que el político puede construirse desde el poder una clientela más o menos fiel, que le asegura una cuota personal de votantes. Si a ello unimos que en la cultura política mexicana es mucho mayor el voto por el candidato que el voto por el partido (los identificados con ningún partido en Guerrero superan el 50%, en la línea del promedio nacional) un buen desempeño en el ejercicio de la función pública constituye capital político personalizado que, sin demasiadas reservas por parte no solo de las élites, sino de los propios votantes, hace posible la aceptación del cambio de partido, un comportamiento que en otros lugares se vería como un problema de congruencia ideológica.

⁷ En cualquier caso, en este punto hay zonas de incertidumbre: las últimas noticias señalan que algunos de los diputados locales disidentes del PRI y que apoyaron a Aguirre, están de vuelta en casa...

Las formas de predicción de comportamiento electoral habituales son, en Estados Unidos, la identificación con un partido, mientras que en Europa la división izquierda – derecha sigue siendo un buen predictor de lo que harán los electores.

En el caso mexicano, preguntados por su identificación partidista, se obtienen la siguiente tabla, tomada de Temkin *et al.* (2008):

Tabla 6 Porcentaje de identificados con algún partido, por grupos de edad.			
	1991	2003	Variación porcentual 03-91
18-25	81.3	59.1	-22.2
26-40	81.3	64.8	-16.5
41-60	82.2	71.4	-10.8
61 +	81.1	71.3	-9.8
Total	81.6	65.1	-16.5

Datos posteriores de una encuesta llevada a cabo por el CIDE señalan que, en 2009, los porcentajes de identificación partidista han seguido disminuyendo, hasta el 56%. (CIDE-CSES, 2009).

Tampoco el índice de autoubicación ideológica nos sirve demasiado para interpretar el comportamiento electoral de los guerrerenses. Aunque no disponemos de estudios específicos para Guerrero, en la misma encuesta del CIDE se señala que, en promedio, los mexicanos colocan al PAN en 7.2 en la escala ideológica de 0 a 10, mientras que el PRD quedaría con 4.1, y donde 0 es extrema izquierda y 10 extrema derecha⁸. Se trata de una distancia muy elevada, que no nos dice mucho sobre el comportamiento electoral.

O nos dice que las categorías izquierda / derecha no son relevantes para predecir el voto. En pura lógica, si los ciudadanos sitúan al PRD en 4.1 y al PAN en 7.2, es extremadamente extraño que los votantes panistas den un salto ideológico de más de tres puntos. Es verdad que, dado que el candidato del PRD era un ex priísta, el electorado del PAN pudo tener una percepción del mismo más próxima a sus propia autoubicación que si hubiera sido un perredista de larga data, al estar el propio PRI situado en el 6.9 de la

⁸ En la misma encuesta del CIDE-CSES los encuestados se ubican como media en un 7.1, lo que coloca a México como el país del mundo en el que sus electores se sitúan más a la derecha. Es un resultado algo extraño, que requeriría de análisis más detallado, porque se desvía mucho del promedio mundial.

escala, a sólo 3 décimas del PAN. Pero, de nuevo, la variable explicativa es el candidato⁹.

En cuanto a se refiere a la participación electoral, las elecciones de 2011 confirman la pauta del comportamiento de los guerrerenses, con una alta abstención desde mucho tiempo atrás. Se ratifican así las hipótesis que vinculan el abstencionismo con la pobreza extrema, medida por las tasas de analfabetismo y la pobreza alimentaria (porcentaje de población incapaz de adquirir una canasta básica alimentaria) y pone de nuevo en cuestión el impacto del reparto de despensas y los acarreo, ya que sigue siendo la población más necesitada la que más se abstiene.

En cuanto a los votos nulos, Guillermo Lizama (2010) ha mostrado asimismo que existe una correlación entre las circunstancias socioeconómicas señaladas antes con la anulación del voto. Pero, curiosamente, en Guerrero la tasa de voto nulo es menor en las elecciones a gobernador que el promedio nacional en las elecciones legislativas, que resulta ser de 3.1 medido desde 1991 y excluyendo el atípico resultado del voto nulo en las elecciones federales de 2009, derivado, como se sabe, de un llamamiento expreso para sufragar de tal modo. En la elección de 2011, el voto nulo se incrementó respecto de la de 2005, de 1.64 a 2.10, pero como se ve, siempre por debajo del promedio nacional.

Si posibilidad de comprobación empírica sistemática, salvo lo narrado por algunos miembros de las casillas, pudiera argumentarse que en algún caso la decisión del PAN de apoyar al candidato de Guerrero nos Une, sin que su propia candidatura pudiera ser ya retirada de la papeleta, quizás llevó al error a algunos votantes, que marcaron a los dos candidatos.

Consideraciones finales

Las elecciones celebradas en Guerrero en enero de 2011 han servido, a nuestro juicio, para poner en cuestión varios de los mitos recurrentes sobre los procesos electorales en la entidad. Se insertan asimismo en una práctica extendida de presentación, por parte de un partido o coalición, de un candidato que hasta poco antes pertenecía a otro y que acaba ganando la elección. Ello confirmaría, de igual manera,

⁹ De ahí la ironía algo amarga de Jesús Silva – Herzog (Reforma, 7/2/11) cuando escribe que “A la política democrática no solamente le exigimos eficiencia, también le demandamos brújula: un arreglo que nos permita identificar en los partidos una tradición y ciertas persuasiones. Lo que vemos es el circo desvergonzado del personalismo. La alianza opositora debe postular a Enrique Peña Nieto como candidato a la Presidencia de la República. Podría evitar la desgracia de que ganara el PRI”.

el alto grado de “personalización” de la política mexicana, donde ni la identidad partidista ni la escala izquierda – derecha parecen servir de mucho como instrumentos de prospectiva electoral. Sin embargo, hay muchos vacíos. La reciente implantación de los estudios de ciencia política en Guerrero y la escasez de recursos disponibles no nos permite disponer de estudios de cultura y comportamiento políticos sistemáticos y seriados, y sólo podemos especular a partir de datos agregados de carácter nacional. Artículos como este, escritos en el futuro, deberán disponer de más y mejores fuentes de datos que permitan una mejor comprensión del subsistema político guerrerense y de paso, quizás, ir desmontando alguno de los mitos que todavía sobreviven.

Bibliografía

CIDE CSES. 2009. Estudio nacional electoral. Consultado el 1 de marzo de 2001 en <http://www.cide.edu/CIDE-CSES/Reporte_CIDE-CSES.pdf?l=1778>.

Lizama, Guillermo. 2010. “Abstencionismo electoral, votación nula y pobreza en los municipios de México, 1994-

2009”. Ponencia presentada en el Quinto Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, 28-30 de Julio de 2010, Buenos Aires, Argentina.

McAllister, Ian, y Donley T. Studlar. 1991 “Bandwagon, Underdog, or Projection? Opinion Polls and Electoral Choice in Britain, 1979-1987”. *The Journal of Politics* 53: 720-740.

Samuels, David J. y Matthew Shugart. 2010. *Presidents, Parties and Prime Ministers. How the Separation of Powers affects Party Organization and Behavior*. Cambridge University Press, Nueva York.

Temkin Benjamín, Sandra Solano y José del Tronco. 2008. “Explorando el «apartidismo» en México: ¿apartidistas o apolíticos?” *América Latina Hoy*, núm. 50, pp. 119-145.

Fuente de datos: los datos de los resultados electorales están tomados, a partir de 2005, del Instituto Electoral del Estado de Guerrero, <www.ieegro.com.mx>. Para las elecciones previas, la fuente ha sido <<http://www.imocorp.com.mx>>. Para las elecciones federales, <www.ife.org.mx>.

 **NUEVA
SOCIEDAD**
www.nuso.org

232
ENERO-FEBRERO 2011

Directora: Svenja Blanke
Jefe de redacción: Pablo Stefanoni

Las realidades del trabajo en América Latina

COYUNTURA: **Marc Saint-Upéry**. Las dimensiones de la revolución democrática árabe. **Mercedes Isabel Botto**. ¿Qué nos enseñan los 20 años del Mercosur? APORTES: **Christoph Reinprecht**. El regreso de la inseguridad social. TEMA CENTRAL: **Jürgen Weller**. Panorama de las condiciones de trabajo en América Latina. **Enrique de la Garza Toledo**. Más allá de la fábrica: los desafíos teóricos del trabajo no clásico y la producción inmaterial. **Alvaro Padrón**. Internacionalismo y renovación. Los desafíos del sindicalismo. **Alma Espino**. Trabajo y género: un viejo tema, ¿nuevas miradas? **Ricardo Antunes**. La nueva morfología del trabajo en Brasil. Reestructuración y precariedad. **Ernesto Rodríguez**. Empleo y juventud: muchas iniciativas, pocos avances. Una mirada sobre América Latina. **Paula Lenguita**. Revitalización desde las bases del sindicalismo argentino. **Pilar Sánchez Voelkl**. Masculinidad en la clase gerencial transnacional. Rituales del siglo XXI.

PAGOS: Solicite precios de suscripción y datos para el pago a <info@nuso.org> o <distribucion@nuso.org>.

233 En nuestro próximo número **Migraciones**

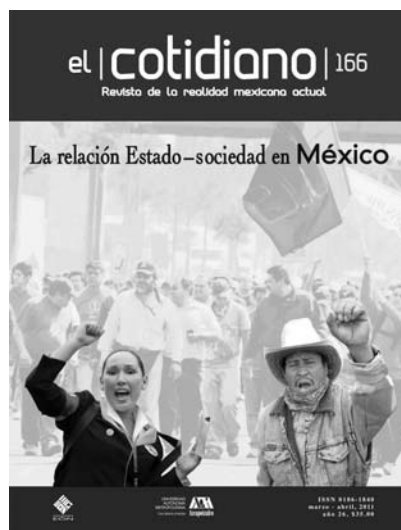
EL Cotidiano

Complete su colección, al suscribirse solicite hasta 12 diferentes ejemplares de la revista bimestral

EL Cotidiano

Precios de suscripción (6 ejemplares):

- \$ 255.00 En el D.F.
- \$ 340.00 En el interior de la República
- 45.00 USD En el extranjero



Formas de pago:

- * Cheque certificado
a nombre de la Universidad Autónoma Metropolitana
- * Efectivo

Información y ventas:

☎ 53 18 93-36

Apartado postal 32-031, C.P. 06031, México, D.F.

✂

SUSCRIPCIONES

Fecha: _____

Adjunto cheque certificado por la cantidad de: \$ _____ a favor de la UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, por concepto de suscripción y/o pago de (____) ejemplares de la revista **El Cotidiano** a partir del número (____)

– Deseo recibir por promoción los números: _____

Nombre: _____

Calle y número: _____

Colonia: _____ Código postal: _____

Ciudad: _____ Estado: _____

Teléfono: _____

– Si requiere factura, favor de enviar fotocopia de su cédula fiscal

RFC _____ Dom. Fiscal _____